

Próximo número:
La preciosa producción
de la Paramount

El grumete

Creación de los geniales artistas

Dorothy Dalton y
Rodolfo Valentino

Asunto de gran interés

Postal-fotografía-regalo:

NATHALIE TALMADGE KERTON

La Novela Semanal
Cinematográfica

Sale todos los miércoles en toda España.

Precio: 25 céntimos

E. VERDAGUER M^{CH}ERA.-TOPETE, 10.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATográfica

N.º 162

25 cts.



POR EL AMOR
Y LA GLORIA

por ENID BENNETT
y HARRISON FORD
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 162

Por el amor y la gloria

Preciosa comedia dramática basada en la célebre novela de WILLIAM J. LOCKE, «La fábula de Triona»

Creación de los célebres artistas:

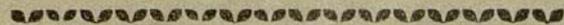
ENID BENNETT, HARRISON FORD,
MARY ALDEN, ALEC B. FRANCIS,
LIONEL BELMORE, ARLINE PRETTY
y otros.

Producción METRO

Gran exclusiva del PROGRAMA

VILASECA & LEDESMA, S. A.
Via Layetana, 53. — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JOHN G. LEBERT



Por el amor y la gloria

Argumento de la película de dicho título

Como el hombre que construye su hogar sobre las arenas de la playa, expuesto a verlo destruido a la llegada de las olas, es el que trata de construir el edificio de su felicidad sobre la base movediza de una mentira.

La acción empieza en Londres, la gran ciudad del Tán.sis, que sólo abre sus brazos a los fuertes y a los audaces.

En un barrio pobre de la ciudad, y en una modestísima casa de huéspedes, Ricardo Briggs, obligado por la fuerza de las circunstancias a ser *chauffeur* de taxi, se liberaba de lo prosaico de su profesión escribiendo novelas, que habían de abrirle, sin duda, las puertas de la Fortuna y de la Gloria.

La novela que a la sazón escribía, estaba inspirada en la realidad; sus hechos eran páginas sangrientas del diario de una víctima de la revolución rusa, que la casualidad había puesto en manos de Ricardo.

Embebido en su trabajo, el novelista lo sacrificaba todo en aras de su ilusión, y era inmensa-

mente dichoso en sus momentos geniales, plasmando en las vulgares cuartillas las notas de su imaginación.

La nueva novela, la novela vivida, adelantaba sin dificultad. A aquel paso pronto quedaría lista.

El asunto era de gran fuerza dramática, de éxito popular seguro.

...“*Cuando salimos de Moscou—escribía en aquel momento el novelista—, la nieve lo cubría todo con su manto de armiño, y sobre el gran desierto blanco destacaban los cadáveres de los fugitivos, caídos allí por las balas del Ejército Rojo y por la inclemencia de la temperatura...*”

Una llamada a la puerta de su cuarto le obligó a suspender su trabajo.

—Ya va—gritó el escritor.

Fuera, una mano femenina, a guisa de polvera, se blanqueaba la cara, para que Ricardo la encontrase más atrayente.

La coqueta que visitaba al novelista, no podía ser otra que su patrona. Ninguna otra mujer tenía derecho a molestar al artista.

Pero esas visitas de la dueña de la casa de huéspedes, no tenían más importancia para Ricardo que la que significaba el motivo de las mismas.

Ese motivo era, ya llevarle la correspondencia, ya los periódicos, o la nota.

Sin embargo, la patrona, en cuyo corazón Ricardo se había introducido—sin él saberlo—irresistiblemente, ansiaba rendir de admiración al escritor, futura lumbrera literaria, para ir de su brazo en aras de la gloria.

Torcuata era el nombre de la enamorada, y si vulgarote era el nombre, no lo era menos su tipo.

Lo mejor de ella era su alma, cándida como una paloma.

Ricardo fué a abrir la puerta, y, como siempre, estuvo muy afable con Torcuata, no omitiendo, también como en otras ocasiones, aconsejarle que se quitase los excesivos polvos de la cara.

—Gracias, señor Briggs. No me había dado cuen-



Ricardo fué a abrir la puerta, y, como siempre, estuvo muy afable con Torcuata...

ta de mi prodigalidad, esta mañana, cuando me los puse después de lavarme.

—¡Caramba! Pues cualquiera diría que se los acaba usted de pegar en la cara.

—No, no... Yo sólo me arreglo una vez al día.

—Bien, bien... Y ¿qué me trae usted ahí?

—Nuevamente le devuelven sus novelas, señor Briggs. Esas gentes no comprenden su talento.

—¡Bah! Esa devolución no me preocupa. Todas mis novelas se publicarán en su tiempo... La que ahora me interesa es la que acabo de escribir, y para no exponerme a un fracaso, la firmaré con un seudónimo.

—No está mal pensado.

—Con su permiso... Veo que también ha llegado carta de mi madre.

—Ya me voy, señor Briggs... Deseo que su mamá esté bien... No se canse usted trabajando... Y no se apure... Usted llegará... Mis ansias le empujan, créalo usted...

Ricardo sonreía, y no dispuesto a esperar a que los empujones de la boba fuesen lo bastante eficaces para hacerle llegar, se decidió a empujarla a ella hacia la puerta, para poder trabajar en paz.

Ya solo, el novelista se apresuró a enterarse de la misiva de su madre, concebida en los siguientes términos:

Querido hijo mío:

He recibido tu dinero, pero, créeme, me parece que me mandas demasiada, y temo que tú te prives de algo por mí. ¡Que el Señor te pague tus sacrificios! Mi único deseo ahora es poder estar a tu lado para cuidarte y no dejar que sigas en manos extrañas.

Muchísimos besos de

Tu madre.

NOTA.—El pañuelo que te mando es mi regalo por tu cumpleaños.

Ricardo se llenó de alegría al considerar la felicidad que con el producto de sus economías daba

a su viejecita madre, y su más ferviente anhelo era poderla cubrir de oro en el menor plazo posible.

¡Qué cara pondría entonces la adorada anciana!

Por aquellas fechas, Olimpia Gale, una joven provincianita que por haber heredado una cuantiosa fortuna se creía en la obligación de divertirse en Londres, de ser un astro más en la vida brillante de la "buena sociedad", se quedó con las mejores habitaciones de un lujoso hotel, y se lanzó en pos de su ideal.

En breves días fué conocida en los mejores centros, y los admiradores eran ya legión.

Entre ellos, Eulogio Marvenna, un Tenorio de salón, absolutamente convencido de que la mirada de sus ojos enloquecía a las mujeres, había logrado captarse la simpatía de Olimpia, y también el permiso de ir a buscarla al hotel, con dos amigos más de la rica heredera.

Estos eran: Lidia Waring, una deliciosa viuda de la guerra, que se había convertido en guía y Angel de la Guarda de la provinciana; y Jacobito Walton, quien, bajo su apariencia de inofensivo pelagatos, ocultaba un alma ruin de cazador de dotes, siempre dispuesto a cualquier infamia para no dejar escapar su presa.

Con tan poco recomendables compañías, Olimpia estaría continuamente amenazada de peligro, pero, afortunadamente, desde su orfandad, que databa de muchos años, contaba con la fidelidad de Marta, que era para ella una madre más que una señora de compañía.

—¡Al fin, Marta! ¡Al fin voy a empezar a vivir la vida verdadera!—exclamó entusiasmada Olimpia cuando sus relaciones fueron a buscarla para llevarla a un lugar de diversión.

—Ojalá eso que tanto deseas no traiga algún desengaño para ti, Olimpia. Acuérdate de lo que te digo.

—¡No seas pesimista! ¡Con lo contenta que estoy yo!

Entretanto, Lidia, la viudita de cuidado, decía a los donjuanes de ocasión:



... que Marta se negó sin contemplaciones a que nadie más que ella ayudara a Olimpia a ponerse el costoso abrigo de pieles...

—Para que vean ustedes que no es la cuna la que hace a las personas... Esa Olimpia Gale es una muchacha provinciana, de una familia mediocre, como ustedes saben... Hace dos semanas que está aquí, se ha comprado unas cuantas cosas, se

ha vestido bien, y ahora díganme ustedes si ven alguna diferencia entre ella y yo.

En efecto, si elegante era Lidia, no le iba en zaga Olimpia, cuya belleza era superior a la de la primera.

Así lo reconocieron los dos peliñosos sujetos, y Eulogio, que era el más viejo, cubrió de atenciones a la interesante provincianita, de tal suerte, que Marta se negó sin contemplaciones a que nadie más que ella ayudara a Olimpia a ponerse el costoso abrigo de pieles, y Eulogio no se quedó, además, sin unas miradas de muy poca simpatía...

Olimpia no le dió a ello la menor importancia, pues como ella era buena, pecaba de credulidad en la bondad ajena.

*
* *

La madre de Ricardo, que sólo vivía pensando, en su pueblo, en su amado hijo, se llenó de alegría al recibir una carta suya con lisonjeras noticias para el porvenir.

Como la anciana andaba ya escasa de vista, una vecina amiga se prestaba a leer las misivas del ausente, y aquel día la lectura terminó de tan agradable manera como la que sigue:

... y tengo confianza en que la casa Lorrington, una de las editoriales más fuertes de Londres, me compre mi última novela para editarla. En ese caso, mamá de mi corazón, disponte a vivir como una reina...

Sería por demás intentar reflejar aquí la inmensa dicha de la cariñosa viejita acariciando la realización de los sueños de su hijo, no para ella ciertamente, sino para él, para que fuera un hombre, todo un hombre.

Las esperanzas del autor no eran, en verdad, sólo humo, que su talento de escritor pugnaba por abrirse un sendero honroso en el camino de la gloria.

Al fin, sus innúmeras noches en vela sobre los libros y las cuartillas, dieron su merecido fruto.

En efecto, la casa editorial Lorrington le había mandado llamar.

Ricardo presentóse en la administración de la sociedad vistiendo el uniforme de su profesión.

Cierto, muy cierto el adagio "El hábito no hace al monje".

Ricardo tuvo ocasión, con motivo de su visita a la empresa de publicaciones, vestido de *chauffeur* de *taxi*, de reconocer esa aseveración.

Tanto fué así, que, un algo molesto por la oposición por parte del empleado que le recibió en ser anunciado al director, Ricardo dió al amanuense más escéptico que poco amable, su nombre y calidad en aquel caso particular.

—¡Ah! ¿Usted es escritor? ¿Y ha sido citado por escrito aquí? Perdone... Voy a avisar al gerente.

A poco Ricardo se hallaba en el despacho del socio de la casa, Herberto Lorrington.

Repuesto de la sorpresa de ver en un simple *chauffeur* al escritor que interesaba a la empresa por su brillante novela sometida a la aprobación, el gerente se dispuso a tratar seriamente el asunto.

—¿De modo que usted es el señor Triona, no es eso? Pues bien, su novela, o mejor dicho, la historia de sus aventuras en Rusia, me interesa.

—Lo celebro infinitamente, señor.

—Estoy dispuesto a editar esa obra, siempre y cuando usted me asegure que lo que en ella se na-

rra le ha sucedido a usted verdaderamente. Al público le gustan estas novelas vividas.

—Le diré a usted, señor... Yo quisiera presentar mi obra como una novela, esto es, sin afirmación ninguna de que es copia de la realidad. ¿Comprende usted?

—Imposible complacerle si se empeña usted en ello. Nuestra lista de novelas está completa y ni una más podemos aceptar. Su relato episódico no lo podemos publicar más que como algo excepcional, precisamente porque se refiere a hechos reales, vividos, durante la guerra roja. El valor literario de su obra no saldría perjudicado, y la venta sería más segura adhiriendo a las bellezas del estilo las matemáticas del editor. ¿Se hace usted cargo de la importancia de esa unión?

—Entiendo perfectamente, pero...

—¿No es esta la primera novela para la que usted tiene probabilidades de editarla?

—Sí, señor...

—Entonces, le ruego que examine concienzudamente mi proposición de publicársela asegurando en un prólogo *ad hoc* que cuanto se narra en la obra es indiscutiblemente cierto, su propio calvario.

Ricardo se reconcentró en sí mismo breves momentos, y llegó a la conclusión de que nadie en el mundo conocía el secreto de aquel libro de memorias caído en sus manos por obra del destino y que el silencio, en aquel instante, representaba para él el éxito, el dinero para rodear de comodidades a su madre.

Y respondió, mintiendo por el Amor y la Gloria:

—En efecto, señor. Todo lo que relato en mi obra me sucedió a mí realmente durante la revolución rusa, y no tengo inconveniente en afir-

marlo de mi puño y letra en el prefacio del libro que ustedes lancen al mercado.

—Conforme, señor Triona. Mañana o pasado mañana extenderemos el contrato en regla, y entretanto le daremos un cheque a cuenta.

Así, Ricardo Briggs, el escritor desconocido, cambió su nombre por el de Alejo Triona, que lo fué de un soldado desaparecido a quien perteneció el carnet de notas que le había servido de base para escribir su libro.

Pasaron las semanas, y la situación del que adoptara, lo mismo para su vida que para su obra, el nombre de Alejo Triona, había mejorado considerablemente.

De la humilde casa de huéspedes de la seca Torcuata, había pasado a un interior amueblado con cierto lujo.

Todo ello era el reflejo del éxito de su primer libro, cuya primera edición, lanzada con mucha *réclame* por la casa editorial, se agotaba a los pocos días de darse a conocer.

Animado por este primer paso hacia la gloria, Alejo (así llamaremos en adelante, también nosotros, a Ricardo) preparaba con indescriptible ilusión su segunda novela.

En medio de su entusiasmo, Alejo recibió esta carta de su editor:

Lorrington & Company

Dirección

Amigo Triona:

Ya se está tirando la segunda edición de su libro "ENTRE SANGRE Y SOMBRAS". Hay infinidad de demandas, y la propaganda que se viene haciendo continúa despertando la curiosidad del público.

Venga a verme cuanto antes.

Herberto Lorrington

Además, los periódicos elogiaban el nuevo libro sin restricciones de ningún género.

Vaya una prueba:

*Una obra maestra que pinta los horrores
de la Revolución rusa*

Una cosa esencial hay en el libro del señor Alejo Trima: la verdad. Todos los hechos que en esas páginas cautivan al lector, fueron vividos por el señor Triona, quien varias veces estuvo en peligro de muerte durante aquellos días trágicos...

La doble personalidad de Alejo no se libraba de vez en cuando de remordimientos, y siempre que era presa de ellos sentía la necesidad de releer su certificado militar, así redactado:

*N.º 610038. Soldado Ricardo Briggs,
Artillería Montada.*

Sirvió con honor y fué herido en el Marne.

Licenciado el 2 de septiembre de 1918.

Y se repetía:

—Yo soy Ricardo Briggs. Lo seré toda mi vida, para mí mismo, y para los míos. El mundo quiso que mi gloria no fuese mía, sino de otro. Yo sigo el mandato del mundo. Por el Amor y la Gloria.

*
* * *

Olimpia, a pesar de los consejos de su buena Marta, no había roto sus relaciones de sociedad con la viuda Lidia, ni con Eulogio ni Jacobito.

Pero la vida le reservaba sus lecciones de aviso.

La primera se la dió Jacobito, quien se presentó en su casa dando muestras de desesperación, para decirle con la mayor y más falsa fuerza dramática posible:

—Olimpia, vengo a pedirle un favor grandísi-

mo: he jugado y he perdido... ¡y ese dinero no era mío!...

—¡Qué contratiempo, amigo mío!

—¿Podría usted prestarme cien libras hasta dentro de unos días?

—Si no es más que eso... tome este cheque...

—¡Oh, gracias!

—Esto no es nada, Jacobito... Créame que se lo debía por sus bondades...

—¡Qué buena es usted, Olimpia!

La generosa provinciana sonrió declinando el halago, pero Jacobito, lejos de contentarse con la suma que había logrado sonsacarle, tuvo la estúpida ocurrencia de pretender asegurarse una existencia espléndida al lado de ella, y le declaró un amor que no sentía más que interesadamente.

—Olimpia..., la amo a usted frenéticamente.

—¡Qué es eso, Jacobito! Déjese de tonterías. No hace falta que me haga el amor en agradecimiento.

—Pero ¿no comprende que estoy loco por usted?

—¡Por Dios, Jacobito!... ¡Qué bromista es usted!

—¡Yo no consiento que usted juegue conmigo!

—¡Yo no juego con nadie! ¡Y le ruego que cambie de conversación!

—¡No! ¡Es usted mi prometida y no tendrá más remedio que casarse conmigo! ¡Ese cheque es una demostración de nuestra íntima amistad!

—¡Oh! ¿Sería usted capaz de dar a mi gesto, a los ojos de los demás, esa interpretación injuriosa?

—¡Porque la quiero, Olimpia, porque la quiero! ¡No, no se vaya usted! Escúcheme...

Jacobito interpretaba muy bien su papel, mas hubo a alguien que le desbarató sus infames propósitos.

No esperaba tal cosa el pelagatos, y buen susto se llevó cuando, de súbito, una mano misteriosa se apoderó del cheque que agitaba con aires de victoria en presencia de Olimpia.

Esa mano salvadora pertenecía a Marta, que se encargó, además, de arrojar, poco menos que a puntapiés, al miserable vividor.

Olimpia, llorando amargamente, se consoló en los brazos de Marta.

—¡Pobre Olimpia! ¿No comprendes que son como buitres que vienen al olor de tu dinero?—le dijo aquélla.

—No todos serán iguales, Marta... ¿Es que no ha de haber aquí ni una sola persona buena?

—Lo mejor es no fiarse de nadie.

La fiebre del trabajo hacía olvidar a Alejo la responsabilidad en que incurría apropiándose la personalidad de otro.

Un buen día, y cuando menos lo esperaba, como se suele decir, llamó a la puerta de la casa del autor una conocida.

Por el sombrerito con "caprichosas" plumas y su rostro inconfundible, fácil era reconocer a Torcuata.

—¡Hola, patrona!—saludóle Alejo—. ¿A qué debo el "alto" honor de su visita? ¿Qué lleva usted ahí?

—Esto es... algo que le agradará a usted mucho... A traérselo he venido..., nada más que a traérselo.

—A ver... ¡Caracoles! ¡Esto es comida para veinte!

—Es su plato favorito... No he podido resistir a la tentación de traérselo.

Alejo, amenazado de risa, cambió rápidamente

con Torcuata algunas palabras, y para desembarazarse de ella pronto pretextó tener que salir.

¡Lucido estaba Alejo si Torcuata persistía en obtener correspondencia a su amor!

—¡Vaya una novia que tengo!—exclamaría un soldado, si la muchacha que se enamorase de él le llevase buenos platos.



—A ver... ¡Caracoles! ¡Esto es comida para veinte!

Pero para un novelista, esa novia tan... práctica, era una ofensa a la belleza de las flores. ¡Confundir el olor de un estofado con el de unos clavos!

En los días que siguieron, Olimpia creyó hallar,

al fin, en Eulogio Marvenna, el amigo verdadero que necesitaba su espíritu, pero una noche, de regreso del teatro, adonde él la acompañara, en "auto", la provinciana le dijo sinceramente:

—¡Qué amable es usted siempre conmigo, señor Marvenna! ¿Cómo podré agradecersele?

Eulogio, irritado por la pasividad de Olimpia ante sus múltiples pruebas de conquista, se decidió a echar mano del último naipe de aquel juego.

—¿De modo que usted cree, ingenua Olimpia, que un hombre como yo gasta su dinero y su tiempo en pulir a una provinciana como usted sólo por el agradecimiento?

—¡Oh! ¡No me toque usted! ¡Señor Marvenna, repórtese!

Eulogio no cedía... y ello obligó a Olimpia a defenderse.

El azar permitió que Alejo se apercibiese de la lucha que aquéllos sostenían en el "auto", y se aprestó a proteger a la ofendida.

Detúvose el coche, Marvenna fué arrojado por Olimpia, y Alejo impidió, con enérgico proceder, la repetición de la grosería del vanidoso conquistador, que se marchó, interesado por el paso menudito de otra mujer que le cruzó en la calle, en pos de una nueva aventura.

Alejo, una vez cumplido su deber de caballero, también se disponía a marcharse, pero Olimpia le detuvo y le rogó que la acompañase, para mayor seguridad, hasta su casa.

Durante el trayecto, ella supo quién era él, y viceversa.

Y al apearse Olimpia a la puerta de su casa, le dijo a Alejo:

—Señor Triona, no quiero darle las gracias ahora... Mañana le espero a la hora del te.

Apenas en su linda morada, Olimpia, recordando a Alejo, hacía sus mismos gestos, viendo lo cual, Marta preguntó:

—Pero ¿qué te sucede? ¿Estás ensayando una comedia?

—¡Ay, Marta, si tú le hubieras visto!...

*
*
*

Naturalmente, la conversación, a la hora del te en casa de Olimpia, versó acerca del éxito del día: "*Entre sangre y sombras*"...

Entre los invitados se contaba el coronel Blas Olfant, tío de Olimpia, a quien la pérdida de su brazo izquierdo retiró, con harta sentimiento suyo, de los campos de batalla.

El héroe de la reunión era Alejo, envidioso de lo cual, un joven, fatuo como un pavo real, y menos agradable que esta ave, se permitió decir, para darse relieve a sí mismo:

—He leído su libro, señor Triona, y me parece muy interesante..., pero creo que es demasiado pedir obligarnos a creer que todas esas aventuras fantásticas le sucedieron a usted.

Alejo hubiera querido poder contestar al osado en forma que no le quedaran más ganas de meterse en lo que no le importaba puramente por espíritu de contradicción, y se limitó prudentemente a contestarle:

—¿Y es demasiado pedirle a usted que crea "algo" de ellas?

Cortado por la oportuna réplica, el presuntuoso dió por terminada su interrupción.

A la hora de la despedida, el tío Olfant y Alejo lo hicieron a un mismo tiempo, y a ambos les dijo Olimpia muy cariñosamente:

—Prométanme volver pronto los dos.

—Lo siento, sobrina, pero esta noche me voy a París, a echar un vistazo por los bulevares—contestó el coronel.

Pero Alejo, estrechando la mano de Olimpia, le murmuró:

—Si pronto quiere decir mañana, mañana me tiene usted aquí con la exactitud de un cronómetro.

No le convenía al supuesto Alejo Triona tener a su madre en Londres, y la buena señora reposaba del cansancio de sus años y de sus penas, en un balneario de Inglaterra, adonde le dirigía a menudo sus buenas cartas.

Hoy el dinero no me importa: lo único que me interesa es tu salud—le decía en la última—. Por lo tanto, es conveniente que estés en ese balneario durante todo el invierno. Escíbeme a mi antigua dirección, pero pon el sobre a nombre de Alejo Triona. No te olvides de este detalle, que es muy importante para mí.

Muchos besos de tu hijo,

Ricardo

La Gloria había abierto sus puertas de par en par para Alejo, y ahora el Amor imitaba a su hermana.

Así, la conquista de Olimpia fué para el escritor tan rápida como la de su fama, y después de casados, saboreaban tranquilamente, en un pueblecito costero, las delicias de la luna de miel, completamente enamorados el uno del otro.

Y allí fué, al pie del inquieto mar, sentados en la cálida arena de la simpática playa, que Ale-

jo leyó a su mujercita su segunda novela, de idea y desarrollo absolutamente originales suyos.

—¡Es precioso tu segundo libro!—exclamó Olimpia el día que su marido terminó de leérselo. Y dijo:—Yo lo encuentro de mucho mayor mérito que "*Entre sangre y sombras*".

—¿De veras que esto te parece mejor?

—Te diré: en el primer libro no hiciste más que dar forma literaria a lo que habías vivido, mientras que éste es todo creación tuya.

Alejo, el falso Alejo, se entristeció por no poder decirle a su añada que él no era el protagonista real de las hazañas vividas narradas en su primera obra, pues con mucho pesar reconocía que era a Alejo Triona, su vida, sus palabras, su obra, lo que Olimpia amaba y lo que él tenía que conservar a toda costa, si quería conservar el amor de ella... Sin embargo, para pulsarla, le preguntó con suma discreción:

—¿Qué pensarías de un escritor que pretendiese ser el héroe de unas aventuras robadas en realidad al diario de otro hombre?

—¡Vaya una pregunta! Lo encontraría un ser perfectamente despreciable.

Y Alejo ocultó su pesar, ayudándole a ello Marta, que les llamó desde la casita mostrándoles una carta recién llegada.

—¡Déjame! ¡Quiero yo abrirla!—dijo Olimpia a su marido llegando la primera.

Temeroso de que, alguna vez, su correo revelase a su mujer el secreto de su vida, Alejo apoderóse de esa carta y, mimoso, objetó a aquélla:

—Una esposa debe ser siempre una novia, Olimpia... y las novias no abren nunca la correspondencia de sus prometidos.

Leída por él la precitada carta, Alejo enteró a

su mujer de que era de su editor, y que éste le expresaba el deseo de recibir su visita en Londres al día siguiente.

—¿Iré contigo, verdad?—dijo Olimpia.

—Claro que sí, vidita.



De nuevo en el Londres febril...

—Lo que deseo de usted, amigo mío, es que conteste usted a esas críticas maliciosas, que niegan la verdad de su libro—fué lo que debía manifestarle el editor a Alejo.

Dominándose a tiempo, el escritor con falso nombre consideró que si la felicidad está basada sobre una mentira, sólo una mentira puede conservarla, y prometió hacer respandecer la verdad de sus declaraciones.

Satisfecho de Alejo por los beneficios que su obra reportaba a la empresa editorial, el gerente señor Lorrington, fijándose en la palidez del rostro de Alejo—manifestación física natural de aquel difícil momento—, creyó darle una buena noticia ofreciéndole un obsequio.

—Tiene usted mala cara, Triona. ¿Por qué no se toma usted una o dos semanas de vacaciones?... Yo corro con todos los gastos.

—¡Oh, sí, sí!—apoyó Olimpia.

—Acepto, pues—dijo Alejo—. ¡Iremos a España! ¡Veremos el sol y los naranjos y las mezquitas árabes! Mientras yo voy a arreglar los pasaportes, que Marta prepare los equipajes.

Al poco rato, en la oficina de pasaportes, Alejo sufría una terrible decepción: imposible obtener los pasaportes sin presentar la documentación que

lo acreditase súbdito ruso, como él se hacía pasar desde que usaba el nombre de Alejo Triona.

En su casa, donde todo eran preparativos para salir de viaje sin demora, Olimpia parecía una niña dentro de su alegría.

El coronel Olfant, ya de regreso de París, telefoneó a su sobrina.



—Tiene usted mala cara, Triona. ¿Por qué no se toma usted una o dos semanas de vacaciones?...

—Vengo de casa de lady Arginon, Olimpia—le dijo—. He quedado en que tú y Alejo asistiréis a la fiesta que esta noche da en sus salones.

—Siento mucho no complacerte, tío, pero estamos preparando el equipaje para salir para España—contestó Olimpia, entregada a las imaginarias delicias de su viaje.

Un poco más tarde, Alejo, muy compungido, comunicaba a su mujer que era necesario desistir de hacer el viaje proyectado.

—¡Qué pena! ¡Con la ilusión que yo tenía de conocer ese lindo país!

—En otra ocasión haremos el viaje... Ahora ha sucedido algo que no puedo explicarte...

—¡Qué rabia! Pero comprendo... No quieres marcharte sin haber contestado a esos críticos que atacan a la verdad de tus aventuras, ¿no es eso?

—Sí... Eso... ¡Cuánto lamento darte este disgusto!

—Sí que lo es, y como castigo, te ordeno que vayamos esta noche a la fiesta de lady Arginon.

—Haremos lo que tú quieras.

En los salones de lady Arginon tenían cabida, lo mismo que los magnates de la aristocracia y de la banca, los príncipes del talento.

En la reunión, a la que asistían Alejo y Olimpia, había varios oficiales del ejército, entre ellos el coronel Oslow, quien era, además, presidente de la Sociedad Literaria; y un antiguo conocido de Alejo: el capitán Goddard, a cuyas órdenes combatió aquél durante la guerra.

Enterado el coronel Oslow de los ataques que se dirigían contra la veracidad de las hazañas narradas por Alejo Triona, y recordando haberlas oído relatar antes de aparecer el libro, estaba dispuesto, como defensor de las Letras, a esclarecer aquel misterio.

Mejor ocasión no se le podía presentar al coronel para conocer a Alejo y tantear el terreno hasta llegar a descubrir el velo de la verdad.

Presentado por el tío Olfant a Alejo y a Olimpia, el coronel no vaciló en ir derecho a su asunto,

to, y tras breve conversación general, se ocupó de la obra del discutido autor.

—Su libro es el fruto de una grande y dolorosa experiencia, señor Triona. Lo raro es que los hechos que usted describe, me fueron contados hace tiempo por un ruso que sirvió a mis órdenes en la guerra y que después desapareció misteriosamente...

Alejo tuvo ánimo bastante para salir de aquel apuro, haciéndolo así:

—No tiene nada de raro, coronel. Esas coincidencias no son extrañas entre los que sufríamos las crueldades de los bolcheviques, pues sus procedimientos de castigo y venganza no se distinguían por su diversidad.

Sin embargo, a solas el coronel Oslow y Goddard, éste dijo:

—Una cosa hay que no acaba de convencerme... Los sucesos referidos en ese libro se desarrollaban cuando Briggs combatía a mi lado en Flandes... Y no deja de extrañarme también que en el frente usara el apellido de su madre, o sea, Briggs, y que ahora use el de su padre, o sea, Triona, como así nos lo ha dicho él delante de su esposa.

—¡Caramba, Goddard! Tiene usted que ayudarme a desmenuar este lío.

*
**

El veneno de la duda, algo que estaba muy cerca de la adivinación de la mentira, emponzoñaba ya el alma de Olimpia.

Alejo lo comprendió así, y en un arranque de arrepentimiento, en la seguridad de que su mujer no tardaría en enterarse de la verdad, y el

castillo de su dicha se vendría abajo, como castillo de naipes, buscó entre sus papeles su certificado militar, y escribió en unas cuartillas la verdad:

...Cuando terminó la guerra, me fui con la división de la Cruz Roja y serví en Rusia durante el régimen de los bolcheviques. Obteniendo permiso para ausentarme, me dirigía un día hacia Finlan-



—... El coronel Oslow tenía razón... No soy Alejo Triona... Soy Ricardo Briggs, un farsante...

dia, cuando en camino encontré a un soldado muerto y me apoderé de su diario.

Ese diario, unido a mis propias impresiones del vivir del pueblo ruso, fué la pauta que me guió para escribir el libro "ENTRE SANGRE Y SOMBRAS", que audazmente titulé: "Memorias de mi vida".

Antes de morir, quiero que resplandezca la verdad.

Ricardo Briggs

Olimpia, extrañada de la tardanza en acostarse de Alejo, fué en su busca a su despacho, y su



—Merezco esto y más.

aparición pudo evitar que el desesperado novelista se matase.

—¿Qué significa esto, Alejo? ¿Ibas a matarte? ¡Habla, explícate!

—¡Olimpia! ¡Es horroroso! El coronel Oslow te-

nía razón... No soy Alejo Triona... Soy Ricardo Briggs, un farsante...

—¡No es verdad, Alejo! ¡Dime que no es verdad!

—Lee eso. Esas líneas te dirán lo que fui y lo



Pero Olimpia esperó ansiosa e inútilmente durante toda la noche.

que quise ser...

—¡Oh, qué vergüenza!

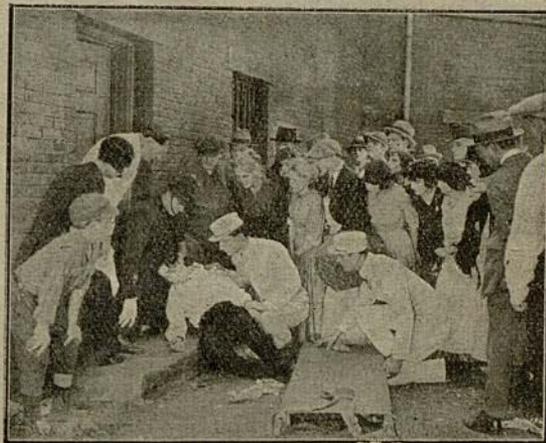
—¿No me perdonarás nunca?

—Déjame, déjame...

Y Olimpia se fué a llorar en la soledad de su cámara...

Cobarde para morir, a Ricardo no se le ocurrió cosa mejor que ir a pedir consejo a la caballerosidad del coronel Blas Olfant.

A las pocas palabras, el coronel comprendió, y su mano no pudo permanecer insensible a la osa-



Al día siguiente, la ambulancia sanitaria recogió a Ricardo, llevándolo al hospital.

día del escritor.

La bofetada fué brutal, terrible, y unas gotas de sangre aparecieron por la comisura de los labios de Alejo, es decir, de Ricardo, que contestó, sinceramente arrepentido de su mentira:

—Merezco esto y más.

Ante lo cual, el coronel, convencido del amor de Olimpia por Ricardo, trató de arreglar las cosas, y aconsejó, por lo pronto, al culpable, el regreso al hogar.

Pero Olimpia, que, después de reflexionar, se



—Marta, yo se lo hubiera perdonado todo..., pero esta fuga vergonzosa...

apiadó de su marido, esperó ansiosa e inútilmente durante toda la noche...

¿Acaso Ricardo había huído?

No tal. Lo que sucedió fué que, al salir de casa

del coronel, unos ladrones se arrojaron sobre él para robarle.

—¿Por quién me tomáis, compañeros? ¡Si soy tan ladrón como vosotros! ¡He robado la historia de un hombre y el amor de una mujer!—les había dicho él presa del mayor nerviosismo.

Los malos sujetos, que no admitían bromas, le apalearon, y después de robarle lo abandonaron en la calle.

Al día siguiente, avisada por unos transeúntes, la ambulancia sanitaria recogió a Ricardo herido y en mangas de camisa, llevándolo, a falta de documentación, al hospital.

En tanto, en su casa, Olimpia, lamentando la supuesta fuga de su esposo, se quejaba de su desdicha a Marta:

—Marta, yo se lo hubiera perdonado todo, todo..., pero esta fuga vergonzosa...

—Si te ama, como yo y tu tío lo creemos, volverá, Olimpia...—la consoló Marta.

Al correr de los días, en vista de la prolongación de la ausencia de su marido, Olimpia se decidió a tomar una resolución y mandó llamar al coronel Oslow y al editor Lorrington.

—Señores, les he hecho venir para decirles que las acusaciones que se lanzan contra mi marido son verdad. Esta tarde me marché con mi tía a Fanstead. Tienen ustedes mi autorización para hacer pública la confesión de Ricardo.

A lo que el editor replicó, perfectamente de acuerdo con el coronel Oslow:

—; Pero si todo esto no tiene la menor importancia! Su marido se valió de un pequeño engaño para conseguir que yo le editase su primera novela. Eso es todo.

Y Olimpia quedó más tranquila...



Olimpia no podía apartar de su mente a su marido, y el noble coronel compartía el dolor de su sobrina...

En el hospital, Ricardo, a los cuatro días de tratamiento, volvía a la vida, y preguntaba a su en-

fermera acerca de su estancia en el benéfico establecimiento.

—¿Dice usted que hace cuatro días que estoy aquí? ¿No ha venido nadie a verme?

—No sabíamos quién era usted. Nos fué imposible identificar su personalidad.

Y al salir del hospital, Ricardo se apresuró a ir al encuentro de su mujer, cuyo traslado a la finca de su tío supo por el editor Lorrington.

Olimpia no podía apartar de su mente a su marido, y el noble coronel compartía el dolor de su sobrina, deseando, con su hermana, de quien era el castillo en que vcraneaban, el regreso del ausente.

Al fin, una tarde, en la carretera del pueblo, dos "autos" se cruzaron; el uno estaba detenido a causa de una avería, y el otro se detuvo al reconocer, el que lo guiaba, en los ocupantes del primero, a dos mujeres conocidas.

Estos tres no eran otros que Ricardo, Olimpia y Marta.

Ricardo pidió clemencia con los ojos a su esposa, mas ésta, aunque ya había perdonado, quiso resistirse un poco a decirselo a su marido.

Entonces, Ricardo, más desesperado que nunca, intentó suicidarse despenándose con el "auto".

Loca de terror, Olimpia corrió en auxilio de su esposo, y al decirle éste, herido levemente, que prefería la muerte a la pérdida de su amor, ella, acariciando su cabeza, posada sobre su palpitante pecho, le respondía:

—No dudes de mi amor, Ricardo. Te juro que sólo ha sido un momento de vacilación... Ni un instante he dejado de amarte. Quiero que vivas... para mí. Todo ha sido un cambio de nombres. En adelante, en vez de ser la señora de Triona, seré

la señora de Briggs... Mientras tú seas el mismo
para mí...

—¡Oh, sí, sí! ¡Te querré más, si cabe!

FIN

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Prohibida la reproducción

.....

LA SOCIEDAD GENERAL
DE PUBLICACIONES, S. A.

Diputación, 211, Barcelona, propietaria de
los derechos literarios de todas las obras de

WILLIAM J. LOCKE

publicará en breve la edición española de la
novela en que ha sido basada esta película.

.....